

mis frases.—Ya estoy hecho cargo, señor, le dije: V. E. quiere sublimidad y brillantez, pues la tendrá. Encerréme en el mismo gabinete donde anteriormente habia trabajado, y allí puse manos á la obra despues de haber invocado al genio elocuente del arzobispo de Granada.

Comencé por esponer que era preciso conservar con todo rigor los fondos que habia en arcas reales, que no debian emplearse absolutamente sino en las necesidades de la monarquía, como que eran un fondo sagrado que se debia reservar para imponer respeto á los enemigos de la nacion. Despues hacia presente al monarca, que era á quien se dirigia la memoria, que, suprimiendo las pensiones y gratificaciones cargadas sobre la real hacienda, no por eso se privaba del gusto que tendria en recompensar generosamente el mérito y servicios de los vasallos que se hiciesen acreedores á sus reales gracias; pues sin tocar á su tesoro, quedaba en estado de conceder grandes recompensas: porque para unos tenia vireinatos, gobiernos, hábitos de las órdenes militares, y empleos en sus ejércitos; para otros encomiendas sobre las cuales podria imponer muchas pensiones, títulos de Castilla, y magistraturas; y por último, todo género de beneficios eclesiásticos para los que quisiesen seguir la carrera de la iglesia.

Esta memoria, mucho mas larga que la anterior, me ocupó cerca de tres dias, y por mi fortuna salió tan acomodada al gusto de mi amo, por estar atestada de voces enfáticas y de cláusulas metafóricas, que me colmó de alabanzas.—Mucho me agrada lo que has hecho, me dijo, enseñándome los pasages mas pomposos, estas sí que son espresiones vaciadas en buen molde. ¡Ánimo! amigo mio, ya estoy previendo que me servirás de grande utilidad. Sin embargo, en medio de los elogios que me prodigó, no dejó de retocar la memoria; puso en ella mucho de su casa, y formó una pieza de elocuencia que admiró al rey y á toda la corte. El público la honró tambien con su aprobacion, presagió felicidades para lo venidero, y se lisongeó de que la monarquía recobraría su antiguo esplendor bajo el ministerio de un personage tan insigne. Viendo S. E. la mucha fama que le habia grangeado aquel escrito, quiso que por la parte que yo tenia en él recogiese algun fruto; y así dispuso que se me diese una pension de quinientos escudos sobre la encomienda de Castilla; lo que me fué tanto mas apreciable, cuanto que este no era un bien mal adquirido, aunque lo habia ganado con mucha facilidad.



CAPÍTULO VII.

Por qué casualidad, en dónde y en qué estado volvió á encontrar Gil Blas á su amigo Fabricio; y conversacion que tuvieron.



NINGUNA cosa le gustaba tanto al conde como saber lo que se pensaba en Madrid de la conducta que observaba en su ministerio. Todos los dias me preguntaba qué se decia de él, y aun tenia pagadas espías que le contaban puntualmente cuanto pasaba en la poblacion. Le referian hasta las mas ligeras conversaciones que habian oido; y como les tenia encargado que le dijiesen francamente la verdad, no tenia poco que sufrir algunas veces su amor propio; porque la lengua del pueblo es tan suelta que nada respeta.

Luego que conocí que el conde era amigo de que se le diesen noticias, me dediqué á ir por las tardes á los sitios públicos y mezclarme en las conversaciones de personas decentes, donde las hubiera. Cuando hablaban del gobierno escuchaba con atencion, y si decian algo digno de que lo supiese S. E., no dejaba de noticiárselo; pero debe observarse que jamas le decia nada que no le fuera favorable.

Volviendo en cierta ocasion de uno de estos sitios pasé por delante de la puerta de un hospital, y me dió gana de entrar en él. Recorrí dos ó tres salas llenas de enfermos, y mirando á todas partes, ví entre aquellos desgraciados, á quienes no podia considerar sin lástima, uno que fijó mi atencion, porque me pareció ver en él á mi paisano y antiguo camarada Fabricio. Acerquéme mas á su cama para enterarme mejor, y aunque no pude ya dudar que era el poeta Nuñez, con todo me detuve algunos instantes á mirarle; pero sin decirle nada. Él me conoció luego, y me miraba del mismo modo. Al cabo rompiendo el silencio, le dije: —Ó mis ojos me engañan, ó este que miro es Fabricio.—El mismo soy, me respondió friamente, y no debes maravillarte. Desde que me separé de tí, no he tenido otro oficio que el de autor: he compuesto novelas, comedias y toda clase de obras de ingenio; y he llegado al fin de esta carrera, que es parar en un hospital.

No pude menos de reirme al oír estas últimas palabras, y mucho mas al ver la seriedad con que las pronunció.—¡Pues qué! exclamé, ¿tu musa te ha traído á tan miserable estado? ¿Es posible que te haya jugado

una pieza tan villana?—Tú mismo lo estás viendo, repuso él; á estas casas suelen venir á parar todos los que presumen de ingenios. Tú, hijo mio, lo acertaste en seguir otro rumbo; pero ya no estás en la corte, y me parece que tus asuntos han mudado mucho de aspecto: y aun me acuerdo de haber oido decir que de orden del rey te habian metido en un castillo.—Así fué puntualmente, repuse yo: la fortuna en que me viste cuando nos separamos fué muy pasagera, pues pocos dias despues perdí de repente mi empleo, mis bienes y mi libertad. Sin embargo, amigo mio, hoy me vuelves á ver en un estado mucho mas brillante que aquel en que me conociste en otro tiempo.—Eso no es posible, dijo Nuñez: tu aspecto es juicioso y modesto; no noto en tí aquella vanidad y aquella altanería que suelen inspirar las prosperidades.—Las desgracias, le repliqué, han purificado mi virtud. En la escuela de la adversidad aprendí á gozar de las riquezas sin dejarme dominar por ellas.

—Acaba, pues, y dime, interrumpió Fabricio, incorporándose en la cama con júbilo, qué empleo es el que tienes, y en qué te ocupas al presente. ¿Eres por ventura mayordomo de algun gran señor arruinado, ó de alguna viuda rica?—Todavía estoy mucho mejor, le respondí; pero ahora dispénsame, te ruego, de explicarme mas; que en mejor ocasion contentaré enteramente tu curiosidad. Al presente bástete saber que estoy en situacion de poder servirte, ó mas bien de ponerte en estado de no necesitar de nadie para pasarlo con decencia, con tal que me des palabra de no componer mas obras de ingenio en verso ni en prosa. ¿Serás capaz de hacer tan gran sacrificio?—Ya le he hecho al cielo, me dijo, en la enfermedad mortal de que me ves convaleciente. Un religioso dominico me ha movido á abjurar de la poesía como de una ocupacion que, si no es criminal, desvia por lo menos de la prudencia.

—Mil parabienes te doy por tan cuerda resolucion, mi querido Nuñez; pero guárdate bien de la recaída.—Esa es la que no temo, me replicó; porque tengo hecho firmísimo propósito de abandonar á las musas: por señas de que cuando entraste en esta sala estaba haciendo una composicion en verso en que me despedía de ellas para siempre.—Señor Fabricio, le dije entonces meneando la cabeza, no sé si el padre dominico y yo podremos fiarnos de tu abjuracion; porque te veo ciegameamente enamorado de aquellas doctas doncellas.—No, no, me respondió con viveza; tengo ya rotos todos los lazos que me estrechaban con ellas. Todavía he hecho mas; pues he cobrado aversion al público: no merezco que los autores quieran consagrarle sus desvelos; y yo me avergonzaria mucho de componer alguna obra que lograrse su aprobacion. Y no creas, continuó, que el resentimiento me dicta este lenguaje: dígotelo con serenidad; tanto caso hago de los aplausos del público como de sus despre-



cios. Es difícil saber quién gana ó quién pierde con él: es tan caprichoso, que hoy piensa de una manera y mañana de otra. Muy locos son los poetas dramáticos que se llenan de vanidad cuando ven que sus producciones han sido recibidas con aplauso. Aunque la primera vez que se representen causen mucho ruido por la novedad, si veinte años después vuelven á parecer en el teatro, son por la mayor parte mal recibidas. La misma fortuna corren por lo comun las novelas y los demás libros de pura diversion cuando salen á luz; pues si á los principios logran la aprobacion de todos, poco á poco la van perdiendo, hasta que al fin llegan á caer en desprecio. Los que viven ahora acusan de mal gusto á los que les han precedido, y el mismo defecto les imputarán á ellos los que vengan después. De donde concluyo, que los autores que son aplaudidos en este siglo, serán silbados en el siguiente. Así que, todo el honor y toda la estimacion que nos grangea el buen écsito de una obra impresa, no es en suma otra cosa que una pura quimera, una ilusion de nuestra fantasía, y un fuego de paja, cuyo humo desvanece el viento en un instante.

Á pesar de que conocí desde luego ser efecto de melancolía y de mal humor este juicioso modo de discurrir de mi poeta de Asturias, no me dí por entendido, y solo le dije:—Verdaderamente quedo gozoso de verte divorciado de las obras de ingenio, y curado radicalmente de la manía de escribir. Desde ahora puedes estar seguro de que cuanto antes te haré dar un empleo con que puedas mantenerte decorosamente sin fatigar tu imaginacion.—Mejor para mí, respondió muy alegre: el ingenio comienza á olerme mal, y ya le considero como el don mas funesto que el cielo puede conceder al hombre.—Deseo, amado Fabricio, repuse yo, que conserves siempre esas ideas; y te vuelvo á repetir que, si persistes en abandonar la poesía, muy presto te haré con un empleo tan honroso como lucrativo; pero mientras logro hacerte este servicio, te ruego que admitas esta corta prueba de mi amistad; y diciendo esto le puse en la mano un bolsillo en que habria como unos sesenta doblones.

—¡Oh, generoso amigo! exclamó enagenado de gozo y de gratitud el hijo del barbero Nuñez. ¡Qué gracias debo dar al cielo por haberte traído á este hospital! Hoy mismo quiero salir de él con tu socorro. Efectivamente así lo ejecutó haciéndose llevar á una buena posada. Pero antes de separarnos le informé de mi alojamiento, convidándole á que me fuese á ver luego que se sintiese perfectamente recuperado. Quedóse muy sorprendido cuando le dije que vivia en casa del conde de Olivares.—¡Oh bienaventurado Gil Blas, me dijo, que tienes la fortuna de agradar á los ministros! Me complazco en tu felicidad, pues haces tan buen uso de ella.



CAPÍTULO VIII.

Gil Blas se grangea cada dia mas el afecto del ministro: vuelve Escipion á Madrid, y relacion que hace á Santillana de su viage.



El conde de Olivares, á quien en adelante llamaré el *conde-duque*, porque con este título se dignó honrarle el rey por este tiempo, tenia una flaqueza que descubrí en él, no sin fruto para mí, y era la de querer que le tuvieran cariño.

Luego que conocia que alguno le servia con buen afecto, le daba parte en su amistad. No me descuidé en aprovecharme bien de esta observacion; pues no contento con ejecutar puntualmente cuanto me mandaba, obedecia sus órdenes con demostraciones de celo que le encantaban. Estudiaba su gusto en todas las cosas para conformarme á él y anticiparme á sus deseos en cuanto me fuera posible.

Por este modo de proceder, con el que casi nunca se deja de conseguir lo que se intenta, llegué insensiblemente á ser el favorito de mi amo, quien por su parte, conociendo que yo adolecia tambien de la misma flaqueza que él, me ganó la voluntad con las demostraciones de cariño que me hizo. Me grangée tanto su amistad, que llegué á participar de su confianza igualmente que el Señor Carnero, su primer secretario.

Este se habia valido de los mismos medios que yo para agradar á S. E., y lo habia logrado tan bien, que le revelaba los arcanos del gabinete; y así los dos éramos confidentes del primer ministro y los depositarios de sus secretos; pero con esta diferencia, que á Carnero solo le hablaba de los negocios de estado, y á mí de los que tocaban á sus intereses personales; lo que formaba, por decirlo así, dos departamentos separados, con lo cual uno y otro estábamos igualmente gustosos viviendo juntos sin celos y sin amistad. Yo tenia motivo para estar contento con mi destino, porque proporcionándome continuamente la ocasion de estar con el

conde-duque, me ponía en estado de penetrar en el fondo de su alma, que dejó de ocultarme, en medio de ser naturalmente reservado, cuando llegó á convencerse de la sinceridad de mi afecto hácia él.

—Santillana, me dijo un dia, tú has visto al duque de Lerma gozar de una autoridad que menos parecia la de un ministro favorito que el poder de un monarca absoluto: sin embargo, yo soy mas feliz que lo era él en el mayor auge de su fortuna. El tenia dos enemigos formidables en el duque de Uceda su propio hijo, y en el confesor de Felipe III; en vez de que yo á nadie veo cerca del rey con bastante favor para perjudicarme, ni aun de quien yo sospeche que me tenga mala voluntad. Es verdad, continuó, que desde mi elevacion al ministerio puse el mayor cuidado en que no estuviesen al lado de S. M. otras personas que las enlazadas conmigo por amistad ó por parentesco. Con vireinatos ó embajadas me he ido deshaciendo de todos los señores cuyo mérito personal hubiera podido hacerme decaer algo de la gracia del soberano, que yo quiero gozar entera y esclusivamente; de manera que en la actualidad me puedo lisongear de que nignun grande me hace sombra. Ya ves, Gil Blas, añadió, que te descubro mi corazon: como tengo motivo para creer que me eres enteramente afecto, he echado mano de tí para que seas mi confidente. Tienes entendimiento, te contemplo juicioso, prudente y discreto; en una palabra, te considero á propósito para el desempeño de mil comisiones que piden un sugeto muy inteligente y que tome parte en mis intereses.

No pude desechar del todo las ideas lisongeras que estas palabras escitaron en mi imaginacion; subiéronseme repentinamente á la cabeza algunos humos de ambicion y de avaricia, que despertaron en mí ciertos afectos de que creia haber triunfado. Aseguré al ministro que haria cuanto estuviese de mi parte para corresponder á sus deseos, y me preparé para ejecutar sin escrúpulo todas las órdenes que tuviera por conveniente darme.

Entre tanto que yo me disponia de este modo á erigir nuevos altares á la fortuna, volvió Escipion de su viage.—No tengo, me dijo, muy larga relacion que haceros: causé una grande alegría á los señores de Leiva cuando les dije la buena acogida que vd. halló en el rey luego que le conocí, y de qué modo se conduce con vd. el conde de Olivares.

Interrumpí á Escipion diciéndole:—Mas alegría les hubieras causado, amigo mio, si hubieras podido contarles el predicamento en que me halló en el dia para con el ministro. Son verdaderamente de admirar los rápidos progresos que despues de tu partida he hecho en el corazon de

S. E.—Sea Dios bendito, mi querido amo, respondió; ya presiento que tendremos excelentes destinos que desempeñar.

—Mudemos de conversacion, le dije, y hablemos de Oviedo. Cuando saliste de Asturias, ¿en qué estado dejaste á mi madre?—¡Ah señor! me respondió tomando de repente un aspecto afligido: las noticias que tengo que daros sobre este punto no son sino tristes.—¡Oh cielos! exclamé: sin duda mi madre ha muerto.—Seis meses ha, dijo mi secretario, que la buena señora pagó el tributo á la naturaleza, y lo mismo el Señor Gil Perez, su tio de vd.

Afligióme vivamente la muerte de mi madre, aunque en mi infancia no habia recibido de ella aquellas caricias que tanto necesitan los hijos para ser agradecidos en lo sucesivo. Tambien derramé algunas lágrimas por el buen canónigo, acordándome del cuidado que habia tenido de mi educacion. A la verdad no duró mucho mi pesadumbre; que muy presto quedó reducida á una tierna memoria que siempre he conservado de mis parientes.



CAPÍTULO IX.

Cómo y con quien casó el conde-duque á su hija única, y los sinsabores que produjo este matrimonio.



OCO despues del regreso del hijo de la Coscolina ví al conde-duque por espacio de unos ocho dias muy parado y pensativo. Me persuadí de que estaba meditando alguna grande empresa de política; pero presto llegué á saber que lo que le tenia tan suspenso era un asunto doméstico.

—Gil Blas, me dijo una tarde, sin duda habrás reparado que hace dias que ando pensativo. Así es, hijo mio; no puedo negar que enteramente me ocupa un negocio, del cual pende el sosiego de mi alma, y voy á confiártelo.

—Mi hija Doña María, continuó, se halla ya en edad de tomar estado, y son muchos los pretendientes que aspiran á su mano. El conde de Niebla, primogénito del duque de Medinasidonia, cabeza de la casa de Guzman, y Don Luis de Haro, hijo y heredero del marques del Carpio y de mi hermana mayor, son los dos concurrentes que parecen mas dignos de merecer la preferencia. Sobre todo, el mérito del último es tan superior al de sus competidores, que toda la corte está persuadida de que será el que preferiré para yerno. Con todo eso, sin pararme en explicar-te los motivos que tengo para desechar á ambos, te diré que he puesto los ojos en Don Ramiro Nuñez de Guzman, marques de Toral, cabeza de la casa de los Guzmanes de Abrados. A este señor y á los hijos que nacieren de mi hija quiero dejar todos mis bienes, vincularlos al título de conde de Olivares, y anejar á él la grandeza; de suerte que mis nietos y sus descendientes que vinieren de la rama de Abrados y de la de Olivares, pasarán por primogénitos de la casa de Guzman.—Dime, Santillana, añadió, apruebas este proyecto?—Señor, le respondí, es propio de la capacidad y talento que le ha formado: lo único que recelo es que el duque de Medinasidonia podrá quejarse de él.—Quéjese cuanto quiera, respondió, nada me importa: no tengo inclinacion á su rama, que ha surpado á la de Abrados el derecho de primogenitura y los títulos anejos á ella; menos impresion me harán sus quejas que el sentimiento que tendrá mi hermana la marquesa del Carpio al ver que su hijo pierde el enlace con mi hija. Pero sobre todo, yo quiero hacer mi gusto, y Don Ramiro será preferido á todos sus rivales: así lo tengo determinado.

Habiendo el conde-duque tomado esta resolucion, no pasó sin embargo á ejecutarla sin afianzarla primero con un golpe diestro de política.

Presentó un memorial al rey y á la reina, suplicando á sus magestades se dignasen disponer de la mano de su hija Doña María, esponiéndoles las calidades de los señores que la pretendian, y remitiéndose enteramente á la eleccion de sus magestades: bien que, hablando del marques de Toral, no se dejaba de conocer su particular inclinacion á este partido. En virtud de esto el rey, que deseaba mucho complacer á su ministro, le dió por escrito la respuesta siguiente:—*Juzgo á Don Ramiro Nuñez digno de Doña María. Sin embargo, elige por tí mismo: el partido que mas te convenga será el que á mí mas me agrade.*—EL REY.

Manifestó el ministro esta respuesta con cierta afectacion; y fingiendo entenderla como una orden del soberano, se dió prisa á casar á su hija con el marques de Toral, resolucion de que se resintió vivamente la marquesa del Carpio, como todos los Guzmanes, que estaban muy satisfechos con la esperanza del enlace con Doña María. En medio de esto unos y otros, cuando vieron que no podian impedir el casamiento, aparentaron celebrarle con las mayores demostraciones de alegría. Parecia que toda la familia estaba fuera de sí de contento; pero tardó poco en verse vengado su disgusto del modo mas cruel y doloroso para el conde. Á los diez meses dió á luz Doña María una niña que murió al nacer, y poco despues la misma madre fué víctima de su sobreparto.

¡Qué pérdida para un padre idólatra, por decirlo así, de su hija, y mas viendo con esto desvanecido su proyecto de quitar el derecho de primogenitura á la rama de Medinasidonia! Esto le afligió tan profundamente, que se encerró por algunos dias sin que le viese nadie sino yo, que, conformándome á su excesivo sentimiento, me mostraba tan apesadumbrado como él. Forzoso es decir la verdad: yo aproveché esta coyuntura para derramar nuevas lágrimas en memoria de Antonia. La semejanza que habia entre su muerte y la de la marquesa de Toral volvió á abrir una herida mal cicatrizada, causándome tanto sentimiento, que el ministro, á pesar de lo abatido que le tenia su propia pena, no pudo menos de advertir la mia. Admiróle verme tomar tan activa parte en sus amarguras.—Gil Blas, me dijo un dia que le parecí abismado en una profunda tristeza, es un consuelo muy dulce para mí el tener un confidente tan sensible á mis angustias.—¡Ah señor, le respondí, vendiéndole por fineza mi quebranto, seria yo el hombre mas ingrato, y mi razon el mas duro, si no las sintiera tan vivamente. ¡Pues qué! ¿podria V. E. llorar la muerte de una hija de tanto mérito, y á quien amaba tan tiernamente, sin que yo mezclase mis lágrimas con las suyas? No, señor: me tiene V. E. demasiado colmado de beneficios para que yo pueda dejar en toda mi vida de tomar parte en sus satisfacciones y en sus pesadumbres.



CAPITULO X.

Encuentra Gil Blas casualmente al poeta Nuñez: refiérole éste que se representa una tragedia suya en el teatro del Príncipe: desgraciado écsito que tuvo, y efecto favorable que le produjo esta desgracia.



OMENZABA el ministro á consolarse, y por consiguien- te tambien yo á recobrar mi buen humor, cuando salí una tarde á pasearme solo en coche. En el camino encontré al poeta asturiano, á quien no habia visto despues de su salida del hospital. Advertí que estaba decentemente vestido. Llaméle, hícele entrar en el coche, y fuimos juntos á pasear en el prado de San Gerónimo.

—Señor Nuñez, le dije, ha sido fortuna mia haberos encontrado por casualidad; á no ser así nunca lograria el gusto de...—Déjate de reconvencciones, Santillana, interrumpió con precipitacion: confieso de buena fe que de propósito no quise ir á visitarte, y te voy á decir el motivo. Tú me prometiste un buen empleo, con tal que renunciase á la poesía, y yo he encontrado otro mas sólido con la condicion de hacer versos: he aceptado este último por ser mas conforme á mi genio. Un amigo mio me ha colocado en casa de Don Beltran Gomez del Ribero, tesorero de las galeras del rey. Este Don Beltran queria mantener á sus espensas un buen ingenio, y habiéndole parecido muy sublime mi versificacion, me ha preferido á cinco ó seis autores que se presentaron para ocupar la plaza de secretario de su ramo.

—Me alegro infinito de eso, querido Fabricio, le dije, porque ese Don Beltran verosímilmente será muy rico.—¡Cómo rico! me replicó Fabricio: dicen que ni aun él mismo sabe lo que tiene. Pero como quiera que sea, he aquí en qué consiste el empleo que desempeño en su casa. Como se precia de cortejante y quiere pasar por hombre de ingenio, se vale de mi pluma para componer billetes llenos de sal y de gracia, dirigidos á muchas damas muy vivarachas con quienes tiene frecuente correspondencia. En su nombre escribo á una en verso, á otra en prosa, y